

—Su madre sigue aguardándola en Bayona.

—¡Pobre mujer! ¡Que Dios se la devuelva! ¡Yo creo que no podré.

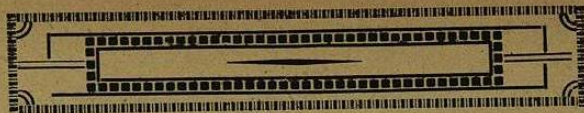
—¿Quién te lo ha dicho?—interrumpió Mabel. Acabará la noche. ¿Quién sabe si el sol de mañana alumbrará tu dicha?

—¡Una palabra! ¿Dónde mi hermano Antonio?

—¡Ay! Lo ignoro también. Supongo que con Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Pero ¿dónde?

—No tenéis derecho á desesperaros mientras no hayáis vuelto á verlos. Quizás sean ellos los que os la devolverán. Voy á quedarme aquí hasta mañana á la noche, y acaso al volver á Bayona pueda llevar excelentes noticias á la señora Princesa.

El caballero cogió á su vez la mano de la vasca, y depositó en ella un ósculo de agradecimiento. Poco después dormía de nuevo, y las tres mujeres en voz muy baja comenzaron á hacerse sus confidencias.



XV

¡Victoria!

El Sol inundaba de luz los montes, cuyas sombras gigantescas bajaban poco á poco al fondo de los valles; los millares de animalillos ocultos entre las matas, en las ramas, entre las peñas, se deslizaban, se movían, llenaban el aire de cantos y murmullos. Los gitanos entonaban sus cánticos orientales, y Lagardère, ya en pie, había empuñado su espada y se cercioró con satisfacción inmensa de que no le pesaba demasiado y de que podría manejarla en caso de necesidad. Con las fuerzas recobraba la esperanza, y ya pensaba en proseguir sus cabalgadas en busca de su amor.

Por el camino que bajaba serpenteando al mar subía lentamente una tropa de unos treinta hombres. Los centinelas bohemios la habían distinguido hacía buen rato y comunicado la noticia,

advirtiendo que no todos llevaban el mismo traje ni tenían igual aspecto.

Al frente de ella Gonzaga, ufano por verse rodeado de su banda, reía y gesticulaba entre Peyrolles, todavía pálido; Montaubert, que caracoleaba satisfecho y contento, y Taranne, Nocé, de Batz y La Vallade. El gordo Oriol iba algo detrás, un tanto sombrío y echando de menos las orgías del Regente.

Los soldados iban detrás: veinte miqueletes catalanes medio indisciplinados. El Príncipe los había preferido á soldados de tropas regulares.

—¡Malhaya el Regente y las acciones de Law!—decía Felipe con buen humor—¡Que se vayan al Diablol ¡Señores, trocaremos sus papeles mojados por buenos duros y doblones, por onzas de oro! El rey de España es nuestro amigo, la Reina nos protege. Si os portáis bien, tendrèis títulos, honores, embajadas. El mejor día haremos á Oriol Grande de España. ¿Estáis dispuestos caballeros? Porque el baile va á empezar.

Una sonrisa de satisfacción iluminó los semblantes de aquellos hombres, á quienes la codicia y la sed de placeres encadenaban otra vez al carro del amo. El único que no reía era Peyrolles; no porque fuese menos ambicioso que los demás, sino recordando la gran derrota sufrida á las puertas de Burgos, y al caballero.

—¡Lagardère!—murmuró entre dientes y á pesar suyo.

—¡Mala peste con Lagardère!—replicó Gonzaga.—¡Cuando yo quiera lanzaré contra él, como una muta, quinientos hombres qué pondrá á mis órdenes Fetipe V!

—Los dispersará como á una bandada de gorriones.

—¡Es que estaremos nosotros con ellos!—exclamó Nocé.

—Hace mucho tiempo que estamos—insistió el mayordomo,—y, si no me engaño, éramos algunos más.

—¡Pardiez!—gruñó el Príncipe irritado por tal insistencia, que contrabalanceaba sus alentadoras palabras en el ánimo de sus *enrodados*.—¿Es que tienes miedo, Peyrolles? ¡Ya me explico por qué no has podido guardar las mujeres!

—Lagardère pasa á través de las espadas, las mujeres pasan á través de las paredes, monseñor, y nosotros recibimos los golpes. Y esto acaecerá hasta tanto que no haya visto encerrar en su sepulcro á Lagardère.

—¡Ave de mal agüero!—gritó irritado Gonzaga.—¡Para estar más seguro, harás tú mismo oficio de sepulturero! En cuanto á Aurora, para que no haya ninguna pared entre ella y tú, la haré

sujetar á ti por una cadena que te ceñirá los riñones.

Peyrolles replicó irónicamente:

—Antes de enterrar á Lagardère, hay que matarle. Antes de encadenar á la paloma, hay que cazarla. Y no lo conseguiremos ni hoy, ni mañana, ni tal vez nunca, monseñor.

Gonzaga estrujó con ira los encajes de su colete; los *enrodados* no pronunciaron palabra. Aquel demonio de Peyrolles, sentencioso y lúgubre, había helado la jactancia en los labios de Gonzaga. Sólo se oía el ruido de las herraduras de los caballos, chocando contra los guijarros del camino.

En sentido opuesto al de Felipe caminaba otra tropa, que sólo se componía de seis personas: cuatro hombres y dos mujeres. En ella también se trataba de Lagardère, y uno hablaba recio, aunque no prometía títulos, ni hombres, ni dinero.

—¡Sangre de Cristo!—gruñía nuestro amigo Cocardasse.—¿Dónde diablos puede haberse cobijado el pichón que no logramos en tanto tiempo echarle mano? Se me figura á mí que toda esta canalla bohemia que corre por las carreteras debe de haberle adormecido otra vez dándole á beber alguna droga infernal.

—Contigo sería muy fácil hacerlo — le re-

plicó burlón Amable.—Porque tú siempre tienes sed.

—¡Error profundo! Yo tengo olfato, y antes de beber huelo. El que me pusiera á mí en el vino algún ingrediente, se tragaría el líquido al mismo tiempo que el vaso.

Tras los dos diestros iban las damas, y en medio de ellas Chaverny.

—¿Dónde estará?—suspiraba Aurora, pues no pensaba en otra cosa la pobre niña.—Prefiero quedarme para siempre en España á volver á Francia sin él. Mi resolución es irrevocable. Si me fuera de esta tierra en que quizás padece, llora y me invoca, retumbarían sin cesar en mis oídos sus palabras de angustia, no podría vivir, pensando en que me llamaba desesperado y yo estaba demasiado lejos para acudir á su lado. Me quedo hasta que le encuentre, aunque tenga que cantar por las plazas y mendigar por los caminos. ¡Verle yo á mi lado un momento, y aunque muera en seguida, bendeciré á la muerte, porque habré sido feliz!

Doña Cruz y Chaverny saboreaban la dicha de estar juntos. Pero, demasiado buenos para demostrarla ante Aurora, callaban su amor y se ingeniaban para consolar y para inculcar en el ánimo de la Duquesita la confianza de hallar muy pronto á su novio.

—Ya sabes que una vez que estemos seguros en Francia el encontrar á Lagardère será cuestión de pocos días. Libres ya del temor de vernos caer de nuevo en manos de nuestro enemigo, nuestros defensores podrán obrar con libertad, y sus espadas, como sus voluntades, son de las que no admiten dique, ni obstáculo alguno detiene. Nos separan muy pocas leguas de la frontera: no seas terca, y pasémosla esta noche, con lo cual estaremos á salvo de todo peligro.

—Si temeis algo—dijo Antonio,—muy cerca de aquí hay una guarida habitable que sólo conocemos mi hermana Jacinta, mi hermano Pedro y yo. Está amueblada, y en ella no os hallarían, ni podrían aprisionaros de nuevo todos los Gonzagas de la Tierra. Creo que no tengamos necesidad; pero...

Las dos tropas estaban á igual distancia de la gruta, y entre ambas no mediaba ni siquiera media legua corta. Mabel las veía desde su observatorio; pero no podía distinguir las facciones su debilitada vista.

—Corre, Mariquita, ven tú á ver. Y tú, Jacinta, enciende una antorcha. ¡Enciéndela, te digo, porque voy á necesitarla.

Mariquita obedeció y dió un grito de alegría.

—¡Mademoiselle de Nevers, Flor, Chavernyl ¡Están todos!

—¿Y los otros?...

—¡Peyrolles, los *enrodados*; aquél es Gonzaga! ¡Son los enemigos! ¡Van más de veinte!

Lagardère, vestido, dormía plácidamente en la cama.

—¡No le despertemos!—susurró la anciana.— ¡Que le despierte con un beso su novia!

Benassy y el jefe acababan de entrar.

—Preparad los trabucos cuando los que llegan del Norte esten á tiro yo daré el grito del buho. ¡Fuego sobre ellos! ¡Y apuntad bien para que no se pierdan las balas y haya muertos! Tú, chiquillo, corre á prevenir á los otros; que se preparen á defenderse y á defender á las mujeres. Diles que los espera una gran alegría.

—Madre—preguntó el jefe,—¿creéis que sea muy necesario que nos batamos por defender á cristianos?

La vieja le lanzó fulminante mirada.

—¡Obedece!—ordenó imperiosamente.

Cuando quedaron solas, la anciana exclamó alborozada:

—¡Ya presentía yo que este día era el bueno!

En aquel momento el gascón decía á su amigo:

—¡Sangre de Cristo! ¡Otro campamento de esos endiablados gitanos! ¡Andemos con ojo! ¡Esa fruta de horca no me inspira confianza!

—Y yo veo otra cosa—dijo Amable haciendo pantalla con la mano.—Esa nube de polvo la levantan más de veinte ginetes, entre los cuales creo reconocer á Peyrolles:

—¿Ese bueno de Peyrolles, dices? ¡Petronila, amiga mía, hay ahí una vaina humana para tí: espero que te portes bien!

Desenvainó la espada, y Passepoil hizo lo mismo.

—¡Por las damas!—exclamó.—¡Ensayaremos la esocada de Nevers!

Chaverny se había alzado en los estribos y desnudando su acero murmuró, apretando los dientes:

—¡Gonzaga y su bandal! ¡Bravo! ¡En ausencia de Lagardère, á mí me corresponde enviar á mi noble primo al otro mundo!

Palidieron las dos doncellas, y Aurora dijo:

—¡Es el fin! Son cinco veces más que nosotros! Juradme M. de Chaverny que me atravesaréis el corazón con vuestro acero, antes que dejarme caer de nuevo en poder de ese hombre.

—¡Juro que no os apresará de nuevo! Antonio Laho velará por vosotras mientras nosotros tres nos batimos.

Los adversarios hallábanse ya tan próximos, que podían contarse y lanzarse invectivas.

Gonzaga extendió el brazo, y riendo con risa falsa dijo:

—Señores, Aurora de Nevers viene ella misma á nosotros. Me reservo el derecho de hacerla prisionera. Los cuatro hombres que la acompañan no se toman en cuenta; os abandono la vida de tres de ellos, pero quiero que se respete la del marquesito.

—Lagardère no está con ellos—observó Peyrolles.

Todos resollaron con desahogo al verificar su ausencia, excepción hecha de Gonzaga que rugió:

—¡Tanto peor! ¡Este hubiera sido su último día, y su novia le habría visto caer sin vida á mis pies!

Una risa salvaje, cruel, acentuó tales palabras: el alma de Felipe de Mantua acababa de asomarse á sus ojos, y los *enrodados* se estremecieron.

Peyrolles, siempre prudente, hizo pasar á vanguardia á los miqueletes, designándoles á Chaverny para que respetasen su vida; táctica que no agradó mucho á los españoles, comprendiendo que debían de ser muy terribles aquellos enemigos cuando ocho caballeros, al parecer tan valientes, los enviaban á sufrir el primer encuentro, resguardándose tras ellos. El oficial que los mandaba miró de alto á bajo con desdén al *factotum* del Príncipe, y ordenó á sus soldados,

—Al llegar sobre el enemigo, abríos en dos filas y dejad hacer.

Hubo cierto ruido de aceros que se desenvainan, y tras breve orden, los caballos batidos en los ijares por las espuelas se lanzaron al galope contra Chaverny y sus compañeros.

De pronto, extraño y siniestro, oyóse el graznido del mochuelo, y un segundo después el disparo simultáneo de quince trabucos tronó repercurtiendo en los montes.

Gonzaga lanzó un aullido de rabia. El mayordomo se detuvo estupefacto y lívido como un cadáver.

Saltando como un corzo, un gitanito despierto y simpático llegóse al lado de Chaverny diciéndole:

—¡Cargad sin temor alguno! ¡Os ayudan quince buenos trabucos y os espera una noticia que os hará llorar de alegría!

—¡Adelante!—gritó el Marqués, adelantándose seguido de los dos maestros de esgrima.

Cuando llegaban al campamento aparecieron á su lado tres mujeres, una de ellas blandía una antorcha con su descarnado brazo; sus cabellos blancos flotaban en torno de su cabeza de anciana, y de su desdentada boca brotaban imprecaciones y amenazas. Mabel estaba transfigurada: parecía la encarnación de la venganza vesti-

da de andrajos, ó la imagen viva de la guerra encarnizada.

—¡Sus! ¡Á ellos! ¡Fuego, sangre y muerte! ¡Que no escape uno solo con vida, hijos míos! ¡Maldición sobre el asesino! ¡Matad, matad! ¡Ha llegado el día de la venganza, de la justicia! ¡Esta noche los hijos del desierto beberán en los cráneos de esos miserables su sángre!

Las otras dos, puñal en mano, se pusieron ante las damas como un escudo. Las dos jóvenes las reconocieron.

—¡Mariquita! ¡Jacinta!—exclamaron ambas á la vez.

—¡Valor!

—¡La victoria es nuestra!

—¡El amor es el supremo señor del mundo!—añadió radiante de entusiasmo la anciana.—¡Mueran todos los que tienen el corazón seco!

En las filas del Príncipe se había producido el desorden. Los miqueletes que quedaron ileso volvieron bridas, y sólo quedaron como adversarios de los defensores de Aurora, Gonzaga y sus *enrodados*. Los gitanos recargaban impasibles sus trabucos.

La rabia cegaba á Felipe al ver que se le escapaba otra vez Aurora. En aquel instante hubiera acometido á la montaña misma.

—¡Sus! ¡Á ella!—ordenó, señalando con su es-

pada á mademoiselle de Nevers, que se estremecía de ansiedad.

¡Vana amenaza!

De repente se elevó sobre todos los ruidos una voz clara, inesperada, terrible, que clavó á todos en sus puestos respectivos:

—¡Aquí estoy!

—¡Enrique!—exclamó Aurora, perdiendo el sentido. Antonio y Flor la sostuvieron para que no cayera de la mula.

Un nombre salió de todos los labios á la vez, nombre que los unos pronunciaron con inmenso júbilo, y los otros con terror pánico:

—¡Lagardère!

Sí. Era él, pálida la faz, flotantes los cabellos, alta la espada; el Lagardère de los grandes días de batalla y de victoria, con los ojos fulminando rayos á su enemigo.

—¡Un caballo!—gritó.—¡Necesito la vida del asesino de Nevers!

Felipe de Mantua le oyó; pero no le aguardó. Antes que todos, volvió grupas y clavó las espuelas en los ijares del caballo, que saltó y partió á rienda suelta. Peyrolles, aterrado, le siguió como la sombra al cuerpo murmurando:

—¡Lagardère no está aún enterrado!

El caballero enyainó su acero al verlos huir,

—¡Vil y cobarde! ¡Ah! Nunca hallaré frente á mí el pecho de ese infame italiano!

Brotaron de sus ojos lágrimas de amor y de ventura inmensa al acercarse á Aurora de Nevers, á quien bajó de la mula. Depositó un beso en su pálida frente y la doncella abrió los ojos en brazos de su prometido.

Antonio Laho con su navaja dió buena cuenta del matorral, y cuando la senda para llegar á la entrada de la caverna fué bastante ancha, Lagardère la atravesó con su preciosa carga, con su adorada dama, con su tesoro recobrado al fin.

Y la que era suya con el corazón y sería muy en breve su legítima mujer, murmuraba acariciándole castamente con la mirada:

—¡Enrique! ¡Enrique mío! ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto te amo! ¡Te amo más que á mi vida, más que á todo en el mundo!

FIN